

5. El cooperativismo cementero en Nuevo León: memoria e identidad



DOI: <https://doi.org/10.52501/cc.381.05>

ELEOCADIO MARTÍNEZ SILVA*

KAREN MARILYN GIL VILLARREAL**

KATIA MELANIE GIL VILLARREAL***

Resumen

Este capítulo aborda la permanencia de la memoria de una comunidad cooperativista cementera en el municipio semirrural de Hidalgo, Nuevo León, cuya experiencia llegó a su fin con los procesos de privatización industrial de la década de 1990. Se reflexiona sobre la permanencia la durabilidad y el patrimonio, aún cuando la cooperativa dejó de existir. Se cuestiona la idea de que los desarrollos industriales son temporales e impermanentes en el tiempo; por el contrario, se sostiene que, aun cuando la fábrica desaparece, persiste una continuidad de la memoria y la cultura formadas en el pasado, pero que siguen vivas en el presente. Para documentar el supuesto que guía el presente capítulo, se recurrió a entrevistas con excooperativistas de la Cooperativa Cementos Hidalgo.

Palabras clave: *memoria, identidad, cooperativismo industrial, Nuevo León.*

* Doctor en Ciencia Social con especialidad en Sociología. Profesor de tiempo completo de la Universidad Autónoma de Nuevo León, México. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-8495-9475> ; correo electrónico: eleocadio14@gmail.com

** Licenciada en Sociología por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León, México.

*** Licenciada en Sociología por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León, México.

En 1907 inició una larga historia de la industria cementera regiomon-tana con la puesta en operaciones de Cementos Hidalgo en lo que hoy es el municipio de Hidalgo, Nuevo León. A inicios de la década de 1930 la cementera fue comprada por Cementos Portland de Monterrey, dando origen a lo que hoy es Cementos Mexicanos, S. A. (Cemex). Sin embargo, en 1932 la filial de Cemex en Hidalgo cerró operaciones. En el contexto obrerista de la presidencia de Lázaro Cárdenas, los ex-trabajadores lograron la reapertura de la planta a través de la organización cooperativista, surgiendo la Cooperativa Industrial Cementos Hidalgo, S. C. L., con la creación de la marca Cementos Cuauhtémoc. Su etapa como cooperativa finalizó en 1993, en pleno auge privatizador, al ser adquirida por Cementos Mexicanos.

El presente estudio de la Cooperativa de Cementos Hidalgo se ubica dentro de la línea de investigación denominada patrimonio industrial inmaterial. Patrimonio que funciona como acervo cultural de los ex-cooperativistas y habitantes del municipio de Hidalgo para pensar su presente y su futuro en términos comunitarios. La comunidad de cooperativistas descansa en saberes en los que existe consenso en un acervo cultural compartido que se describirá en el presente estudio.

A través de fuentes documentales y testimonio de los ex trabajadores se pretende recuperar la historia de formación y desarrollo del colectivo de cooperativistas. El estudio, además de buscar visibilizar momentos y acontecimientos significativos en la formación del cooperativismo cementero y los significados para sus trabajadores, también busca documentar y analizar la permanencia de rasgos de la identidad cooperativista en la comunidad de los excementeros. El estudio es pertinente en la medida en que se visibiliza a colectivos sociales poco atendidos en la investigación de la memoria industrial y obrera de Nuevo León.

Planteamiento

Las relaciones de los trabajadores con su mundo social mediato e inmediato “no son simples estaciones a lo largo de su vida”, tal como afirma Bauman (2000). En la presente investigación sostenemos que el cooperativismo es una categoría que sigue funcionando para grupos sociales para identificarse

aun cuando la cooperativa desaparece. Un sector de ex cooperativistas de nuestro estudio no ha buscado la autoafirmación en otra parte. Otorgan una continuidad de la identidad social no como nostalgia del pasado sino como un presente vivenciado (Schütz, *dixit*). Lo que se tratará de visibilizar en el presente escrito es que en nuestros contextos regionales la fragmentación de las identidades puede ser evitada incluso en contextos de intensa transformación social.

La evidencia empírica de estas explicaciones nos la proporcionan los sujetos obreros de la Revolución Industrial inglesa de E. P. Thompson (1963) que enfrentaron los valores emergentes del capitalismo *laissez-faire* y de la política económica liberal con su cultura plebeya (conocimientos, tradiciones y costumbres), la cual no fue simplemente barrida, más bien fue la base para la acción y la reacción a las formas sociales y económicas del orden capitalista emergente (Strangleman, 2016). Una cultura residual que se forma en el pasado, pero todavía está muy viva en el presente, está activa en el proceso cultural, tal como nos lo cuenta Raymond Willams: “Así, ciertas experiencias, significados y valores que no pueden ser expresados o verificados sustancialmente en términos de la cultura dominante se viven y se practican a través de los residuos, culturales o sociales, de alguna institución o formación cultural y social previa” (Strangleman, 2016).

La investigación siguió la metodología biográfica propuesta por Bertaux (1981) para la construcción de una narrativa socio-estructural. A través del relato de vida de la propuesta biográfica fue posible construir los esfuerzos de los extrabajadores para mantener una identidad en contextos sociales contingentes. Con las historias de vida se pueden construir descripciones e interpretaciones que se acerquen al conocimiento humano, son las herramientas que permiten reintroducir la dimensión del tiempo y las múltiples temporalidades de las actividades (Bertaux, 1981).

El cooperativismo mexicano

El cooperativismo en México tiene una larga historia que se remonta al menos a inicios del siglo xx y toma relevancia en las décadas de 1920 y 1930. Periodos en los que se consolida la economía social a través de una

serie de leyes y reglamentos. El avance más notorio se presentó en el sexenio cardenista con la tercera Ley de Sociedades Cooperativas. Periodo en el que se constituyeron 957 cooperativas, llegando a un total de 1 715 que agrupaban a 165 500 socios (Rojas Coria, 1984).

La consolidación del cooperativismo tuvo dos vertientes: desde abajo, por la lucha de muchos trabajadores por consolidar el cooperativismo, y desde arriba, por la acción del poder estatal para impulsar un modelo “alternativo” a las relaciones capitalistas y para lograr su control político. Tal vez estos inicios del cooperativismo mexicano lo diferencian de experiencias en países del Cono Sur de nuestro continente, en el que el cooperativismo productivo ha sido un movimiento desde abajo impulsado por los trabajadores como una salida colectiva al desempleo (Gracia, 2011).

La identidad cooperativista

La figura económica-social-identitaria del cooperativista es la de “socios”. Esta figura identitaria está cruzada de tensiones y paradojas y por lo mismo de ambigüedades. Está en medio de la identidad de empresario (copropietario y administrador de medios de producción) y la de trabajador (productor). Por ejemplo, nos recuerda Rojas Coria (1984), el sindicalismo lombardista no los reconocía como parte de la clase obrera en la medida en que “no era la solución a los problemas de la lucha de clases”. En tal sentido, la ambigüedad identitaria se debía a que el cooperativismo fue producto, como ya se mencionó en párrafos anteriores, no tanto producto de la lucha y de procesos de formación de conciencia obrera, sino de programas estatales. Pero también, por otro lado, estaba la mirada de los socialistas utópicos decimonónicos que veía en este tipo de asociativismo el germen para una sociedad autodeterminada de productores directos. (Rojas Coria, 1984). Más allá de la ambigüedad identitaria, el discurso cooperativista estaba enmarcado en una serie de referencias sobre el potencial solidario, como proyecto social, conciencia crítica frente a relaciones de explotación y como un proyecto pedagógico.

“La cooperativa Cementos Hidalgo estaba en el ombligo del capitalismo, en Nuevo León. Nos veían como un piojito en la cabeza los empresarios de

Monterrey, porque el sistema cooperativista es diferente, ¿por qué?, porque producen y se reparten las ganancias entre todos los trabajadores, ya sean por medio de los certificados de aportación, sus salarios, sus prestaciones. Lo que trata es de erradicar la pobreza” (entrevista a Jaime, excooperativista).

Las tensiones identitarias en el cooperativismo las refirió otro ex-trabajador de la siguiente manera. “Si bien fuimos socios, nunca nos creímos más que los trabajadores de cualquier otra empresa, también somos trabajadores. Nuestros amigos son también obreros, habitamos los mismos barrios, nos gusta el mismo deporte” (entrevista a Ricardo, excooperativista).

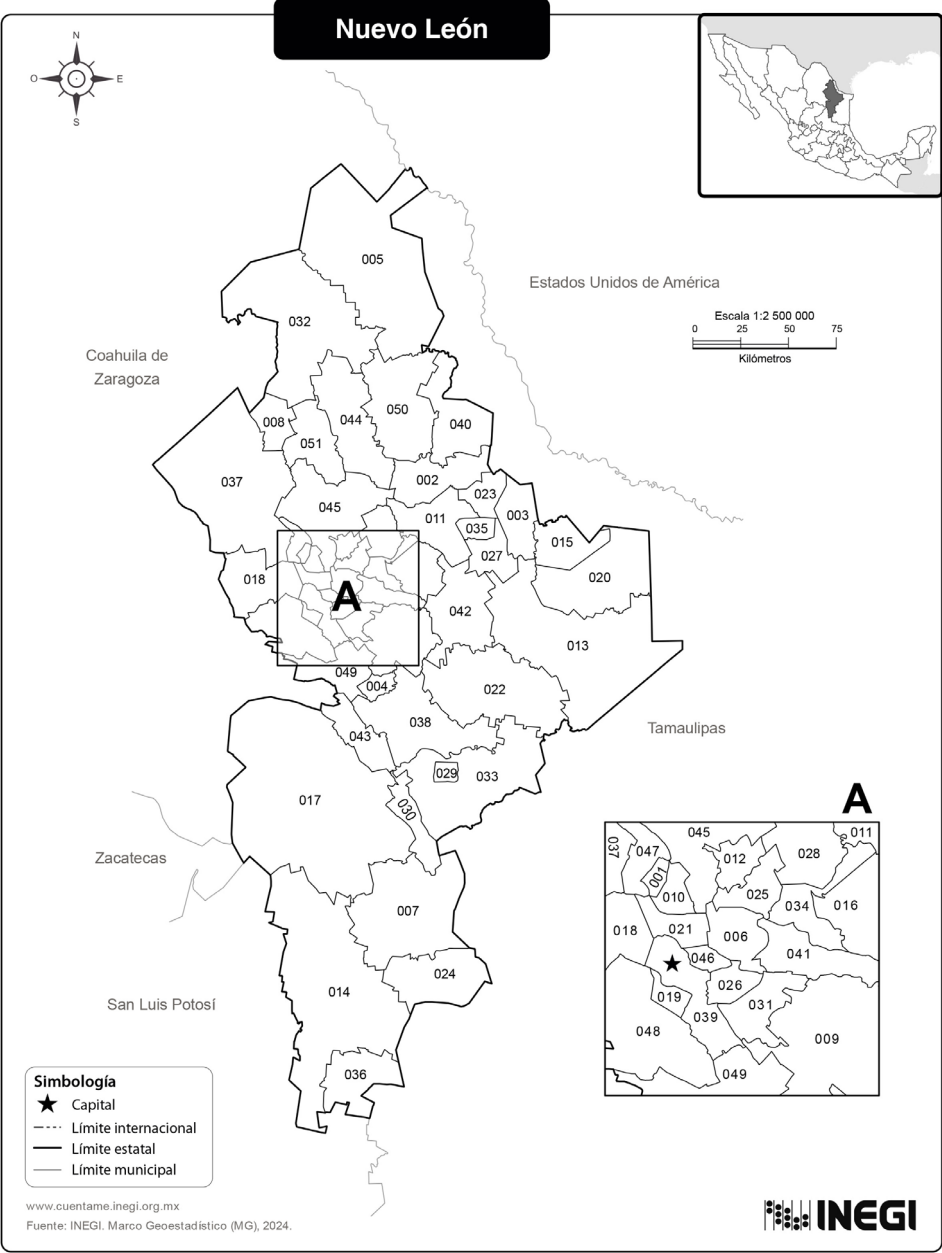
Los sujetos de nuestro estudio han construido una trayectoria identitaria fluida: de agricultores a obreros (1906-1937), de obreros a cooperativistas (1937-1993) y de cooperativistas a obreros (1993-). El supuesto analítico del presente estudio es que esta trayectoria está atravesada por la permanencia de la identidad cooperativista, aun cuando las personas han estado sometidas a largos periodos de desocupación o de desplazamientos hacia formas precarias o alejadas de su trayectoria/calificación previa y que se expresa en la narrativa de las personas.

Nota geográfica y etnográfica del municipio de Hidalgo

Antes de entrar al análisis de la formación y declive del cooperativismo cementero en Nuevo León conviene compartir información de la región y de la comunidad en la que se localiza la cementera para acercar al lector al actual paisaje urbano, social y económico del municipio de Hidalgo.

Tal como se muestra en la figura 4.1, Hidalgo se encuentra ubicado en el centro del estado de Nuevo León. Comparte el espacio regional denominado Valle de la Salinas con otros tres municipios (El Carmen, Abasolo y Mina). Actualmente tiene una población que ronda los 17 000 mil habitantes. Tiene una vocación agrícola e industrial centrada en la producción de cemento.

Figura 4.1. Localización del municipio de Hidalgo, Nuevo León



Nuevo León

Municipios:

001	Abasolo	041	Pesquería
002	Agualeguas	042	Los Ramones
003	Los Aldamas	043	Rayones
004	Allende	044	Sabinas Hidalgo
005	Anáhuac	045	Salinas Victoria
006	Apodaca	046	San Nicolás de los Garza
007	Aramberri	047	Hidalgo
008	Bustamante	048	Santa Catarina
009	Cadereyta Jiménez	049	Santiago
010	El Carmen	050	Vallecillo
011	Cerralvo	051	Villaldama
012	Ciénega de Flores		
013	China		
014	Doctor Arroyo		
015	Doctor Coss		
016	Doctor González		
017	Galeana		
018	García		
019	San Pedro Garza García		
020	General Bravo		
021	General Escobedo		
022	General Terán		
023	General Treviño		
024	General Zaragoza		
025	General Zuazua		
026	Guadalupe		
027	Los Herreras		
028	Higuera		
029	Hualahuises		
030	Iturbide		
031	Juárez		
032	Lampazos de Naranjo		
033	Linares		
034	Marín		
035	Melchor Ocampo		
036	Mier y Noriega		
037	Mina		
038	Montemorelos		
039	Monterrey		
040	Parás		

Hidalgo se encuentra localizado a pocos kilómetros del Área Metropolitana de Monterrey, muy cercano a los municipios industriales de Escobedo y Pesquería, lo que configura un polígono laboral. Es muy probable que en poco tiempo sea incorporado a la metrópoli, tal como sucedió con el municipio vecino de El Carmen.

Desde el momento en que se toma la carretera de Escobedo a Hidalgo se pueden observar camiones de carga que transportan costales de cemento. Al llegar al municipio la estructura de la cementera y la cantera sobresalen en el paisaje urbano. En la entrada del municipio está una imponente estatua del presidente Cárdenas, quien, a decir de los pobladores, les concedió la cementera e impulsó la cooperativa. Junto a la figura del expresidente se localiza lo que fueron vagones de carga utilizados en los orígenes de la cementera. Dos parques de beisbol de tiempos de la cooperativa forman parte del paisaje urbano, así como el centro comunitario. Cada mes de noviembre, los pobladores conmemoran el aniversario de la incautación de la empresa (la toma de la fábrica por los trabajadores) en el contexto de la Feria del Cemento, misma que se convirtió en la principal festividad no religiosa del municipio.

Además de la memoria tangible, la cooperativa sigue presente en la vida cotidiana a través de las narrativas y acciones de los excooperativistas, mediante las cuales se recrea la identidad social, pues, como afirma Hannah Arendt (1998), la identidad tiene que ver con las narraciones que los individuos hacen de su experiencia y por el relato que se cuente sobre la vida de las personas o los colectivos. Es decir, los individuos narran historias para hallar y generar sentido de su existencia individual y colectiva. Además, la narración es juzgante, ya que es una experiencia reflexionada y configurada lingüísticamente, en el sentido de que una experiencia solo aparece cuando se le expresa.

La vida económica, social y política, los buenos y malos tiempos de la cooperativa, están todavía presentes en las narraciones y conversaciones cotidianas de muchos de sus habitantes. En los primeros días de trabajo de campo en el municipio de Hidalgo abordamos a un pequeño grupo de personas reunidas en la plaza central. Sobresalía por su conversación amena un excooperativista llamado Pepe, de 67 años, quien había trabajado en la cooperativa por 15 años en el área de producción y

en las oficinas. Pepe vive en Monterrey, visita con frecuencia Hidalgo, ya que posee una casa y amistades entre los excooperativistas. Comenzamos una conversación sobre la cooperativa y de inmediato todos los presentes externaron con efusividad sus opiniones, siendo muy notorias las diferentes narrativas acerca de la cooperativa.

Pepe no tardó mucho en llevar la conversación a las razones del fracaso de la experiencia cooperativista. Se empeñó en hacernos notar que los socios tuvieron la culpa del fin de la experiencia colectiva, ya que “todo mundo robaba, saqueaba la cooperativa”. Por ejemplo, se hacía uso discrecional de los servicios de salud, se marcaba la tarjeta sin trabajar, se incorporaba a familiares como nuevos socios sin que fueran necesarios para la producción y los mandos superiores saqueaban el cemento.

Con la intención de nuestra parte de llevar la conversación acerca de rasgos identitarios del cooperativismo, Pepe mantuvo siempre una actitud pesimista: “No estábamos preparados para trabajar de manera cooperativa, todo era egoísmo, todos querían sacar ventaja, no había un propósito común. Todo se echó a perder”.

Roberto, otro de los integrantes del grupo y excooperativista, increpó a Pepe y haciendo notar que muchos socios sí deseaban trabajar como comunidad, “pero los de arriba [el grupo político que controlaba en Consejo de Administración] no nos dejaron, introdujeron prácticas y conductas corruptas y echaron todo a perder”.

Para estos trabajadores el proyecto cooperativista tuvo dos momentos, el genuino, el que impulsaron los fundadores y el de la decadencia, la última generación de cooperativistas con sus prácticas corruptas. También culpan del fracaso de la cooperativa a una actitud negativa del gobierno del presidente Carlos Salinas de Gortari (1988-1994) hacia el cooperativismo, “lo veía como una forma de robar”.

En ese momento una vendedora de comidas, destacó los beneficios de la cooperativa para el pueblo: “A la iglesia le donaba productos alimenticios, a los equipos deportivos les regalaba uniformes, a las escuelas artículos escolares”.

A diferencia de la cooperativa Cruz Azul, “la nuestra nunca se expandió”, comentó Pepe, “por lo que no pudo responder adecuadamente a las necesidades de ingreso de los hijos de los cooperativistas, por eso

se llegó a tener un número muy grande de socios que no se necesitaban para la producción”. Pepe enfatizó una narrativa a favor de un trabajador que busque fines individuales, logros económicos. Tal vez, está permeada por la experiencia negativa en el cooperativismo, es decir, de su fracaso.

La experiencia como cooperativista está permeada por sentimientos de sufrimiento. “Me dobla, siento un dolor en el pecho y una amargura por el quiebre de la cooperativa, solamente espero que antes de morir me permitan recorrer la fábrica, pero no creo que lo permitan”

En otro momento del trabajo de campo, el primer trimestre del 2021, entramos en contacto con un grupo de excooperativistas que se autodenominan Comité Directivo de Cementos Hidalgo. Este grupo de exsocios ha mantenido viva la organización cooperativista como una exigencia para que la cementera vuelva a manos de los socios, aludiendo irregularidades en la compra-venta de la cooperativa. Hallazgo que sostiene la tesis del presente estudio.

El preludio de la formación de la cooperativa

Según Rojas Sandoval (2010), en un contexto de industrialización de Nuevo León y en una política de sustitución de importaciones de cemento, la producción nacional de este material inició en el municipio de Hidalgo. La constitución de la empresa cementera se dio en 1906 en Gómez Palacio, Durango, y la producción en Hidalgo en 1907. Su instalación en Hidalgo obedeció principalmente a la existencia en abundancia de la materia prima en la región. Como era de esperarse, la empresa suspendió su producción en más de una ocasión debido a los estragos de la Revolución. En 1931 Cementos Hidalgo se fusiona con Cementos Monterrey (fundada en 1920), convirtiéndose en su filial. De la fusión surge Cementos Mexicanos.

La operación de la cementera en el municipio de Hidalgo significó la transformación de su paisaje. Se convirtió en un importante centro cementero en el estado otorgándole una identidad industrial al municipio. La fuerza de trabajo se compuso tanto de ejidatarios del Valle de las Salinas como de migraciones de los estados de la región, como San Luis Potosí, Coahuila

y Zacatecas, migración que aún persiste. Los trabajadores tuvieron que adaptarse a los ritmos y la cultura industrial. Desde la narrativa de los pobladores tal acontecimiento convirtió a Hidalgo en el primer municipio, fuera de Monterrey, que dejó de ser agrícola-ganadero para convertirse en industrial.³ “Después de Monterrey, Hidalgo fue el segundo municipio industrial, la llegada de la cementera cambió la historia de nuestro municipio, principalmente sacó de la pobreza a la gente, pues no había trabajo, la gente vivía de la agricultura”. Entrevista a Jaime, excooperativista.

Para 1932 Cementos Hidalgo suspende operaciones por cuestiones de mercado. Los trabajadores emprenden acciones para evitar el cierre, como solicitar la intervención de autoridades estatales y la construcción de un sindicato para impedir el cierre de la cementera y acciones como la formación de guardias para evitar el traslado de maquinaria a Monterrey por Cementos Mexicanos. (Rojas Sandoval, 2010). “Nos contaban nuestros padres que fue un momento muy difícil para la gente, de repente no hubo trabajo y se sintió mucha pobreza. Muchos se fueron para Monterrey en busca de trabajo que en aquel tiempo era muy escaso” (entrevista a Ricardo, excooperativista).

Otro excooperativista narra el acontecimiento de la siguiente manera: “Querían llevarse la cementera de Hidalgo a Monterrey porque allá estaba el progreso, pero la gente se atrincheró y no lo permitieron”. (entrevista a Carlos, excooperativista).

Y nos dieron la fábrica: de obreros a cooperativistas

El 9 de noviembre de 1934 los trabajadores, a través de su sindicato, toman la decisión de incautar la cementera. En 1935 (25 de abril), en su visita a Hidalgo, el presidente Cárdenas da la noticia de su aval para la formación de la cooperativa. Los trabajadores adquieren la cementera mediante un

³ Si bien desde la perspectiva de los entrevistados Hidalgo fue el segundo municipio industrial del estado, es conocido que antes de Monterrey e Hidalgo, En Santa Catarina estuvieron las textileras La Fama y La Leona, y en el Cercado municipio de Santiago, estuvo El Porvenir.

préstamo de 400 000 pesos del gobierno cardenista. “A los obreros de Hidalgo, Nuevo León. Seguro de que corresponderán al esfuerzo que hace la nación tomando en sus manos la industria cementera”. (fragmento del discurso de Cárdenas, citado en Rojas Sandoval, 2010).

El 20 de febrero de 1937 se funda la Cooperativa Industrial Cementos Hidalgo, S.C.L., con 226 agremiados, a los cuales se les otorgan acciones. Ello puso fin a siete años de inactividad de la cementera y surgió la experiencia cooperativista en Hidalgo. “No todos quisieron ser cooperativistas, pues no querían compartir, no iban con la ideología del pueblo, se fueron para Monterrey, pero muchos otros sí vieron la oportunidad de que fuéramos comunidad, que todo el pueblo se beneficiara” (entrevista a Jaime, excooperativista).

La incautación es narrada por excooperativistas como un segundo momento que definió la trayectoria e identidad del municipio. Momento que narran como el “grito de independencia” del municipio, ya que “sacó de la pobreza a la población a partir del trabajo”. “En aquellos tiempos no había trabajo, ni en Hidalgo ni en Monterrey, nos contaban nuestros padres. Por lo que con la llegada de la fábrica al municipio favoreció a todo el pueblo” (entrevistada a Ricardo, excooperativista).

A partir de la fundación de la cooperativa se construyó un contrato social bastante favorable para los trabajadores y sus familias en materia salarial, seguridad social, educación y recreación. Los excooperativistas tienen aún muy presente el sistema de beneficencia social construido durante el funcionamiento de la cooperativa.

“Teníamos los mejores hospitales, el San Vicente, San José, Hospital para la Maternidad. Te enfermabas, tenías todos los médicos. El pueblo no tenía hambre, en la cooperativa nos daban seis kilos de carne, seis litros de leche, cuatro kilos de huevo, café, azúcar, harina y más productos a la semana, y solamente pagábamos el 25 por ciento” (entrevista a Jaime, excooperativista).

Algunos de los entrevistados narran un imaginario comunitario propio del cardenismo. Una comunidad utópica que se buscaba mediante el cooperativismo.

“Había mucha unidad, en el pueblo había una ideología de cooperación, todos nos apoyábamos. Si alguien de la comunidad que no fuera socio

necesitaba apoyo médico o alimentos, la cooperativa o los mismos socios los apoyábamos. Igualmente, las utilidades se repartían por igual entre los socios" (entrevista a Ricardo, excooperativista).

La reproducción de la identidad cooperativista estaba garantizada por la posibilidad del ingreso de los hijos de los cooperativistas como socios. Tenían el derecho de proponer hasta tres hijos como nuevos integrantes de la cooperativa, la decisión era tomada por la asamblea general. Proceso que implicaba un tiempo largo de espera antes de ser aceptados los nuevos socios.

"Se ingresaba como extras y se integraban en cuadrillas especializadas: limpieza u operaciones cuando faltaba algún trabajador. El cambio a socio era notorio en materia salarial y en prestaciones. Era difícil escalar categorías, pues tenía que presentarse una jubilación, situación que fue motivo de un conflicto permanente y que a la larga derivó en problemas financieros de la empresa" (entrevista a Isidro, excooperativista).

Otro excooperativista aporta más información sobre el funcionamiento del mercado de trabajo de la cooperativa. "Muchos de los hijos queríamos ingresar a la cooperativa, casi siempre los que ya no queríamos seguir estudiando. Sabíamos que era un buen trabajo que te daba estabilidad, lo que te permitía formar una familia" (entrevista a Isidro, excooperativista).

La identidad del cooperativismo fue también construida a través de la comparación con las grandes cementeras. Los exsocios hacen continuas referencias a la superioridad en la calidad del cemento de la cooperativa, aludiendo al hecho de que en el municipio se cuenta con mejores materias primas y describiendo al municipio como el "paraíso del cemento".

"Nuestro cemento era de la mejor calidad. Hacíamos análisis de las otras cementeras, Cemex, Apasco, Cruz Azul, Moctezuma. Les hacíamos el análisis en resistencia, fraguado, y el de nosotros era mejor, ya que la materia prima era de buena calidad: pizarra, caliza, emapita" (entrevista a Ricardo, excooperativista).

La importancia y el poder de la cooperativa traspasaba los muros de la empresa. Los candidatos a alcalde del otrora poderoso Partido Revolucionario Institucional (PRI) eran propuestos por la Asamblea General de Cooperativistas y en muchos casos provenían de sus filas. "Antes solamente había un solo candidato, no como ahora que son como 11, nos

poníamos de acuerdo en la cooperativa para sacar al candidato y era el que quedaba como presidente municipal. Todos éramos del PRI” (entrevista a Jaime, excooperativista).

También la cooperativa se hacía presente en el municipio a través de desarrollar infraestructura como pavimentación de calles, remodelación de escuelas y apoyo a la iglesia, que a decir de los ex-socios todo lo podía pagar el “cemento”.

Crisis y venta de la cooperativa

Hay dos maneras de narrar la crisis del cooperativismo de Cementos Hidalgo: desde la rentabilidad de la empresa de mantenerse competitivos y desde los cooperativistas narrado como la decadencia del viejo orden industrial y la disolución de su sociedad, cultura y mundo de vida y la traición de aquellos que modelaron su destino.

Para 1993, año de la venta de la Cooperativa a Cementos Mexicanos, el país atravesaba por una primera ola de privatización de la empresa pública. Por ejemplo, en el sector siderúrgico se presentaron el cierre de Fundidora de Monterrey (1986) y la privatización de Altos Hornos de México y de la Siderúrgica Lázaro Cárdenas Las Truchas (1991-1992).

En el sexenio de Salinas de Gortari (1988-1994) el país había entrado de lleno al proceso de transnacionalización económica en la que Cementos Mexicanos, con el apoyo del gobierno mexicano, inició una ambiciosa estrategia de expansión a través de la adquisición de cementeras en todo el mundo.

En 1993 cierra definitivamente la cooperativa en un proceso de compraventa con Cemex. En votación dividida, la mayoría de los cooperativistas aceptaron la propuesta de compraventa que realizó Cemex, frente a la propuesta de una estrategia de coinversión o asociación.

Luego de cinco años sin reiniciar operaciones y con litigios de excooperativistas, en 1999 los trabajadores (654) aceptaron un arreglo de siete millones de pesos. Antes del arreglo, en 1993 se presentaron movilizaciones de los cooperativistas y sus familias que derivaron en la toma del palacio municipal de Hidalgo, y en 1994 inician protestas por el pago de las acciones y reconstrucciones de los exsocios.

Un excooperativista señala aspectos humanos que influyeron en la liquidación de la cooperativa.

“La versión del Consejo era que se tenía una gran deuda con Nacional Financiera y que si no se vendía ya no se podrían pagar los salarios. Pero lo que nos mató a todos fue el egoísmo, la mala administración y el proyecto de vender a Cemex. Con el cierre el pueblo pasó a la decadencia” (entrevista a Juan, excooperativista).

El proceso de privatización de la cooperativa alteró la organización social del municipio de Hidalgo. Introdujo cambios cuantitativos y cualitativos, fundamentales en el tejido social de la localidad, donde se materializaron el modelo de empresa-ciudad y el contrato social que sostuvo el acceso a buenos salarios, arreglos que fueron abrogados por la presión de la competencia internacional, los altos costos de la mano de obra y el aumento en los costos de la seguridad social de los socios.

El fin de la experiencia cooperativa fue experimentado por un sector de exsocios como sufrimiento, deshonra o como robo, lo que generó coraje, o bien, como una segunda oportunidad para rehacer sus cursos laborales. Uno de los exsocios expresa de una manera bastante clara el significado de la venta de la cooperativa. “Ahora ya nos quebraron, no es lo mismo, volvió el empresario y no se fijó en los trabajadores, sino en hacer más cemento y dinero, nos dio el tiro de gracia y eso duele” (entrevista a excooperativista, recuperada de Conarte, 2010).

Otros trabajadores adjudican el problema a la CEMEX

“Cemex es el culpable de la miseria del pueblo. Nos defraudaron en la compraventa, fuimos engañados. Somos un pueblo que se siente engañado” (entrevista a Jaime, excooperativista).

“Después del cierre, el pueblo no se calló, teníamos dinero de la indemnización, pero después te diste cuenta de que tenías que buscar trabajo, para médico, transporte, de lo que nunca te habías preocupado” (entrevista a Ricardo, excooperativista).

Identidades pretéritas

Con la venta de la cooperativa un grupo de exsocios han dado continuidad a la identidad como cooperativistas a través de una lucha por recuperar la empresa cementera. Para ello han dado continuidad a la cooperativa, la cual sigue dada de alta en Fomento Cooperativo, que está integrada por 800 socios, entre jubilados y activos.

“La cooperativa sigue existiendo y la formamos 800 socios, ya que cuando la empresa se vendió a Cemex nunca se dio de baja a la cooperativa, por lo que un grupo de socios refrendamos su existencia desde 1997. Seguimos sesionando una vez al año, como lo marcan los estatutos, y tenemos nuestro Consejo Administrativo” (entrevista a Joel, presidente del Consejo de la Cooperativa).

La continuidad de la asociación ha mantenido el vínculo de cientos de exsocios emprendiendo una serie de acciones como colectivo. Han logrado el control de la Cantera, por lo que Cemex tiene que traer la materia prima de otros lugares. También los exsocios han recuperado un club social que es usado para sesionar la asamblea. Los recursos económicos para el funcionamiento de la cooperativa provienen de aportaciones voluntarias de los socios.

“Los socios seguimos en posesión de revalúos y certificados. En última instancia, si no logramos recuperar la empresa, Cemex deberá de pagárnoslos, ya que lo que se nos pagó fueron las banquetas y los edificios” (entrevista a Joel, presidente del Consejo de la Cooperativa).

La continuidad de la comunidad de cooperativistas tiene un gran valor patrimonial tanto para los socios como para los habitantes de Hidalgo, en la medida en que otorga una continuidad en la identidad, cohesión social y para la acción. Por ejemplo, en términos de estatus los desempleados, jubilados y vendedores ambulantes se siguen identificando como cooperativistas. La comunidad busca que Hidalgo sea reconocida como ciudad cementera.

Trayectorias laborales de los excooperativistas

Con el cierre de la cooperativa y el despido se configuraron diversas trayectorias laborales. Algunos trabajadores dieron continuidad a la identidad

como cementeros. Otros permanecieron en el trabajo industrial en otras ramas. También hubo trabajadores que se ocuparon como comerciantes.

Un caso representativo de la continuidad de la identidad como cementero es Epifanio. Con estudios de preparatoria trunca, fue socio de la cooperativa desde muy joven. Inició como trabajador de una empresa contratista que realizaba trabajos de ampliación de la cementera, que según señala era una de las puertas de entrada de los hijos de socios al trabajo. Comenta que el anhelo de su padre era que fuera cooperativista, pero que a él le gustaba el beisbol y deseaba ser jugador profesional.

“Por un tiempo estuve combinando el beisbol con el trabajo en la empresa constructora, jugaba una temporada en Córdoba, Veracruz, y después me venía a trabajar a Hidalgo, era muy cansado, pero no quería dejar de jugar beisbol” (entrevista a Epifanio, excooperativista).

Transcurrió poco tiempo y logró entrar a trabajar directamente en la cooperativa, pero ahora como “extra”. Como muchos otros cooperativistas, inició trabajando como barrendero, que era un trabajo que nunca tenía fin. Después, ya como socio trabajó de estibador cargando bultos de cemento. Años después laboró en la “pedrera”. Trabajo que describe como de alto peligro, ya que implicaba el manejo de explosivos, “si uno se mata, sales hecho pedacitos”.

A diferencia de experiencias de otras empresas privatizadas, Cemex abrió la posibilidad de contratar a exsocios cooperativistas. Epifanio comenta que él como otros de sus colegas realizó la solicitud para entrar a trabajar a Cemex. Epifanio logró ser contratado por el apoyo de un ingeniero de Cemex, con quien había jugado beisbol. “Un ingeniero de Cemex me reconoció, sabía que era buen cácher y me dio la mano, pero antes la empresa me investigó, fueron a preguntarle a los vecinos acerca de mi comportamiento, si no era malora, si no me emborrachaba, cómo me llevaba con la familia” (entrevista a Epifanio, excooperativista).

Finalmente fue contratado por Cemex, con 36 años cumplidos, asignándolo a la Pedrera. Muy pronto empezó a comprender que las reglas del trabajo eran diferentes a las imperantes en la cooperativa.

“Lo primero que resientes es el salario, fue mucho menor que el de la cooperativa, ganábamos 175 pesos a la semana, más bonos. Los trabajadores que venían de Monterrey, que ya trabajaban en Cemex, ganaban más que

nosotros. Pero ya con el tiempo hacías exámenes y clasificaciones y nuestro salario mejoraba mucho. También era muy difícil que faltaras a trabajar, digamos que había más disciplina. Además, había muchos controles sobre el trabajador, por ejemplo, siempre te checaban con un aparato para detectar aliento alcohólico, en cambio, en tiempos de la cooperativa nos presentábamos con aliento alcohólico o con resacas muy fuertes” (entrevista a Epifanio, excooperativista).

Epifanio narra la liquidación de la cooperativa como un episodio más en su vida y su trabajo en Cemex como una segunda oportunidad que le permitió nuevos aprendizajes y la posibilidad de salir adelante con su familia.

“En la vida hay tiempos buenos, regulares y malos. Muchos socios no se enseñaron a trabajar en los tiempos de la cooperativa, por eso tuvieron muchos problemas para salir adelante, muchos se divorciaron, otros se fueron a Estados Unidos. Los que sí nos enseñamos no tuvimos problemas cuando se vendió la cooperativa” (entrevista a Epifanio, excooperativista).

Otros trabajadores que no lograron ser contratados por Cemex construyeron trayectorias obreras fuera de la cementera, como fue el caso de Martín, tercera generación de cooperativistas, quien ingresó a la cooperativa a la edad de 16 años. Martín siguió el mismo camino que todos los hijos de socios que deseaban ingresar a la cementera. Primero trabajó como “extra” en espera de ser aceptado como cooperativista. Después de dos años y medio logró ser incorporado como socio. Tiempo después también su hermano ingresó como cooperativista.

“Los de recién ingreso entramos a trabajar en cuadrillas de limpieza, también podíamos cubrir a los de planta que estaban de vacaciones o faltaban al trabajo. Este tipo de trabajo permitía que aprendieras muchas de las tareas en la producción de cemento, ya como socio empiezas a ganar un buen salario y buenas prestaciones” (entrevista a Martín, excooperativista).

Después de varios años de hornero y molinero, Martín quedó estable en el departamento de calidad hasta la liquidación de la cooperativa. Experiencias laborales que le fueron útiles para una pronta (re)inserción al trabajo.

“Como otros trabajadores, intenté entrar a trabajar a Cemex, tenía menos de 30 años y buenas calificaciones en control de calidad del cemento. Me entrevistaron un par de ocasiones y también pidieron referencias a los vecinos

sobre mi comportamiento, pero al final no me emplearon” (entrevista a Martín, excooperativista).

El primer intento por ingresar a trabajar fue infructuoso. Como ha sido el caso de otros despidos en empresas nacionales, los cooperativistas de Hidalgo fueron estigmatizados como malos trabajadores, lo que dificultó la continuidad de la identidad laboral a muchos exsocios.

“Me informaron que en una empresa de Escobedo estaban contratando, fui y todo indicaba que me iban a dar trabajo, pero pasaron los días y no me hablaron, fui a la empresa para preguntar y el de Recursos Humanos me dijo que no contrataban a cooperativistas de Hidalgo por ¡ratas! Yo le dije que no todos éramos iguales, que los que robaban eran los del Consejo de Administración” (entrevista a Martín, excooperativista).

Pronto encontró un trabajo como fundidor en una herrería localizada en el municipio vecino de Abasolo. Empleo en el que duró 10 años y llegó a ser supervisor del taller. Trabajo del que salió cuando el negocio quebró. Su segundo trabajo fue en un taller de carpintería de muebles rústicos, donde se desempeñó como supervisor. “Fueron trabajos muy explotados, pues como era empleado de confianza no tenía hora de salir, el dueño me decía que era el pilar de su negocio, un activo. Por lo que siempre buscaba cómo salirme” (entrevista a Martín, excooperativista).

Su siguiente empleo fue en una gasolinera, en tanto que encontraba un trabajo en una fábrica. El patrón le pidió que se hiciera cargo de la tienda que formaba parte del negocio de la gasolinera. Trabajo en el que se capacitó en el manejo administrativo y en reparaciones y mantenimiento del local.

Después de nueve años retornó a la industria, para lo cual tuvo que esconder su pasado laboral como cooperativista y no mencionar que había sido supervisor en el taller de fundición, lugar en el que sigue trabajando hasta la fecha de la entrevista como operario.

Otro grupo de excooperativistas no lograron o no buscaron el retorno al mundo laboral industrial sino en el sector comercio o servicio. Tal es el caso de Raquel, de 54 años, quien formó parte del grupo de mujeres cooperativistas. El ingreso de Raquel a la cooperativa fue posible por el hecho de que sus hermanos no buscaron ser socios, ya que prefirieron estudiar. Ella deseaba tener la profesión de maestra, pero en el municipio de Hidalgo no había posibilidades y sus padres no la dejaron entrar a la escuela en Monterrey.

Los únicos lugares posibles de trabajo de las socias era la tienda de consumo de la cooperativa y en las oficinas de la planta.

Con el cierre de la cooperativa Raquel se enfrentó por vez primera en su vida a buscar trabajo, que en el municipio de Hidalgo era escaso. Por ello decidió, junto a su esposo, que también fue socio, preparar comidas y venderlas en el municipio vecino de Escobedo, que forma parte del Área Metropolitana de Monterrey.

“La indemnización nos permitió sobrevivir como año y medio, por lo que no nos sentimos tan apurados, pues el trabajo que encontró mi esposo en Hidalgo era mal pagado. Por lo que decidimos hacer la lucha preparando comidas para venderlas en Escobedo. Ya después pusimos un depósito de venta de cervezas” (entrevista a Raquel, excooperativista).

Raquel menciona que el grupo de exsocias no buscaron trabajar después de la venta de la cooperativa, ya que decidieron dedicarse a atender a su familia y porque difícilmente iban a encontrar un trabajo bien pagado que valiera la pena.

También se presentaron trayectorias laborales internacionales de exsocios. Muchos cooperativistas contaban con visa estadounidense, lo que fue posible por su calidad de socios de una empresa importante. Un ejemplo de esta trayectoria laboral es el de Jesús, quien aprovechando que contaba con visa y una red familiar en Houston migró a Estados Unidos en busca de trabajo, el cual encontró en la industria de la construcción.

Reflexión final

El cooperativismo industrial fue una excepción en Nuevo León y tal vez en el país, siendo el cooperativismo rural el preponderante. Este modo de organización productiva enfrenta obstáculos institucionales y legales para su formación, pero tal vez el principal obstáculo es de tipo sociocultural, es decir, la ausencia de actores dispuestos a emprender acciones tendientes a enfrentar los problemas de empleo de manera colectiva en donde imperen valores de solidaridad, cooperación, inclusión social y equilibrio medio-ambiental. Por ello, en un contexto de crisis y deterioro en el mundo del trabajo contemporáneo basado en la precariedad, flexibilidad, inestabilidad e individualismo,

los valores que imperaron en la cooperativa de Cementos Hidalgo pueden ser una salida a esa crisis en nuestras sociedades.

Por otro lado, resulta relevante señalar la importancia del patrimonio industrial material e inmaterial en la identidad y cohesión social en las comunidades en contextos globales desarticuladores de las vidas comunitarias. La memoria es de gran importancia para las comunidades, como nos lo recuerda Ricoeur (2000), pues trae al presente las imágenes cargadas de emociones en búsqueda de hacer justicia y una compensación en el presente y en el futuro. Es la memoria la que exige en la cotidianidad confrontar el enigma de que lo sucedido en el pasado perdura en el presente y, por consiguiente, puede ser empleado por la población para justificar un futuro mejor. La persistencia de la identidad de cooperativista entre los excooperativistas cementeros coadyuva a enfrentar las faenas diarias individuales y colectivas desde valores fraternales, ya que la memoria no es una representación del pasado, sino un fenómeno siempre actual.

Referencias

- Arendt, H. (1998). *La condición humana*. Paidós (Estado y Sociedad).
- Bauman, Z. (2000). *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica.
- Bertaux, D. (1981). El enfoque biográfico. Su validez metodológica, sus potencialidades. *Proposiciones*, 29, 1-23.
- Conarte. (2010). Hidalgo. Serie *Patrimonio intangible de Nuevo León*. Conarte, Gobierno de Nuevo León.
- Gracia, A. (2011). *Fábricas de resistencia y recuperación social: experiencias de autogestión del trabajo y la producción en Argentina*. El Colegio de México.
- Ricoeur, P. (2000). *La memoria, la historia, el olvido*. Fondo de Cultura Económica.
- Rojas Coria, R. (1984). *Tratado de cooperativismo mexicano* (3ª. ed.). Fondo de Cultura Económica.
- Rojas Sandoval, J. (2010). Pioneros de la industria del cemento en el estado de Nuevo León, México. *Cementos Hidalgo, S.C.L. Ingenierías*, 13(49), 35-43.
- Strangleman, T. (2016). Deindustrialisation and the Historical Sociological Imagination: Making Sense of Work and Industrial Change. *Sociology*, 51(2), 466-482. <https://doi.org/10.1177/0038038515622906>
- Thompson, E. P. (1963). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Fondo Documental Euskal Herriko Komunistak.